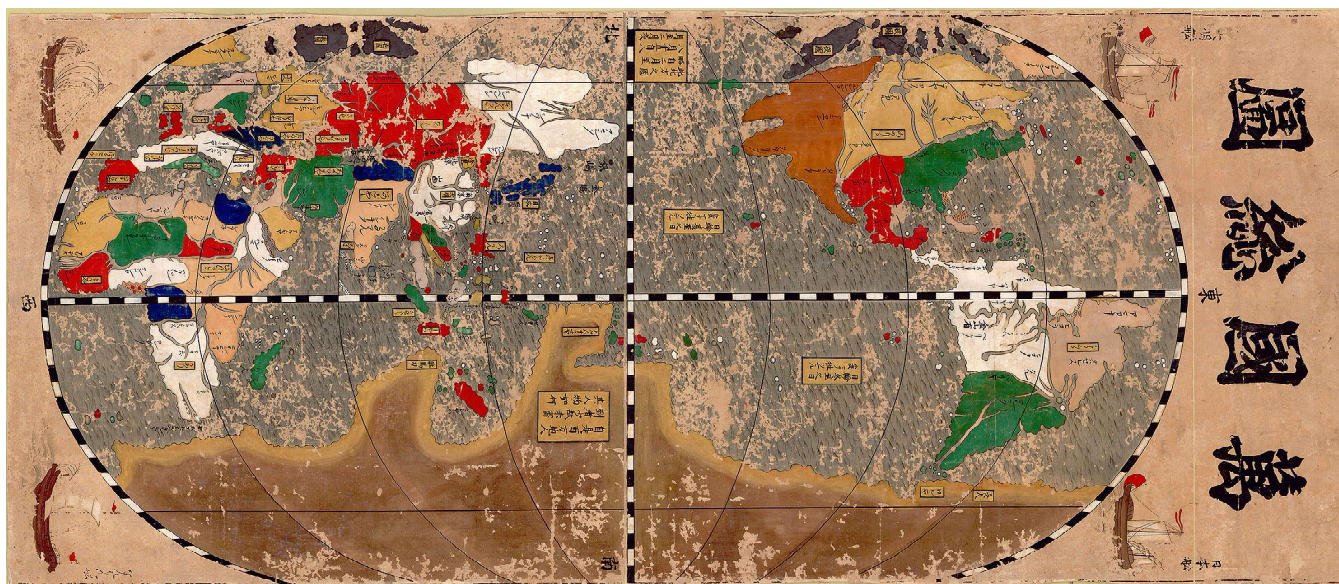


# Arturo Ambrogio en **Japón**

## Sesquicentenario de su nacimiento

Escribe: Carlos Cañas Dinarte

Dibujo de Camilo Minero



Bankoku Sozu, mapamundi japonés elaborado sobre madera en 1645. Su orientación debe ser vertical. Nótese los caracteres del topónimo Guatemala.

# Un escritor salvadoreño en el “imperio invencible”.<sup>1</sup>

Escribe: Carlos Cañas Dinarte

Entre 1904 y 1905, los imperios del Japón y Rusia se enfrentaron en una sangrienta guerra, donde la modernización nipona venció a la tierra zarista atrapada en una eterna etapa medieval. El escritor Arturo A. Ambrogí Acosta (San Salvador, 19.oct. 1875-San Salvador, 08.nov.1936<sup>1</sup>) ironizó con respecto a la manera oficial en que fue recibido en El Salvador el final de ese conflicto rusojaponés, que costó cerca de 200,000 víctimas mortales (unos 86,000 japoneses y más de 70,000 rusos) y que la niñez urbana de San Salvador aprovechó para usarlo en sus juegos grupales de trifulcas, que casi siempre terminaban siendo disueltos por algún **cuililo**:

“Ahora, una noticia que el **Diario del Salvador** consigna en su edición de ayer tarde, viene a probar con datos aún más fehacientes, el hondo interés que nos tomamos por la suerte de nuestras grandes y buenas amigas las Potencias.

La Inspección General de Instrucción Pública Primaria [dirigida entonces por el escritor y librepensador Alberto Masferrer], por medio del señor Moré Cueto [sic: Ricardo Romé Cueto], ha ordenado a todos los maestros de Escuela de la República que den una conferencia sobre el fausto acontecimiento de la paz ruso-japonesa.

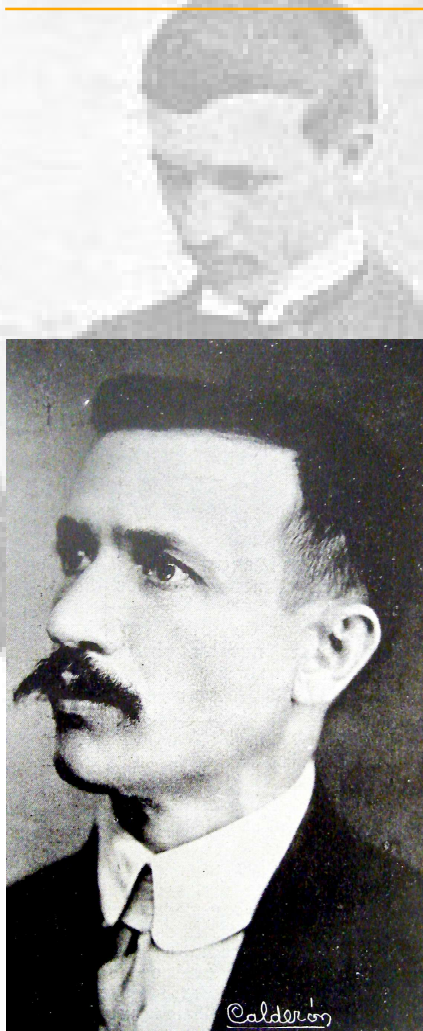
¡En morrocotudo apuro pone la Inspección General a los pobrecitos maestros!

¡Qué diablos van a decir a los chicos!

¿Se imaginan mis lectores al director de la escuela de niñas de Cacaopera, de Cuyultitán, o de Cuisnahuat, disertando sobre los asuntos rusojaponeses?

¡Pero, hombre!”<sup>3</sup>.

En el primer lustro del siglo XX, el banquero Rafael Ángel Guirola Duke (Zacatecoluca, 04.oct.1864-Santa Tecla, 23.abril.1919) estableció una sala



Fotografía de Ambrogí Acosta en 1915, publicada por la revista **Actualidades**, San Salvador.

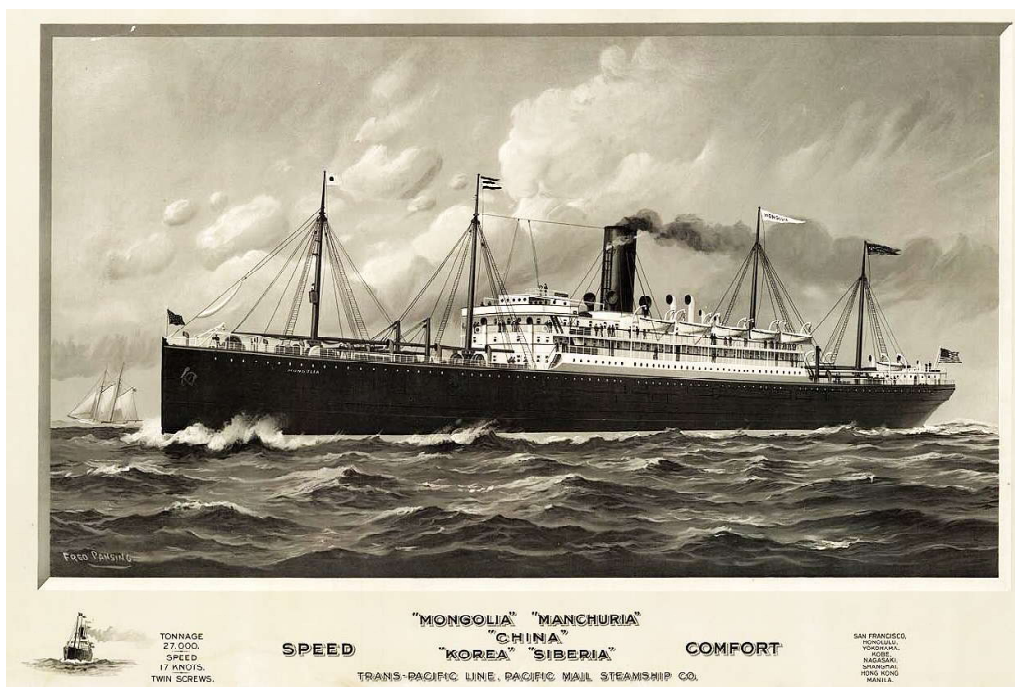
decorada con muebles y tapices japoneses en su residencia Villa San Rafael, en el centro de la ciudad de Nueva San Salvador o Santa Tecla<sup>4</sup>. No hay constancia de que él haya viajado a Japón, por lo que es muy probable que ese menaje lo haya adquirido en algunas de las tiendas niponas que funcionaban en la localidad portuaria californiana de San Francisco, donde había una fuerte emigración japonesa procedente de las islas Hawái<sup>5</sup> y donde, desde fines del siglo XIX, ya se encontraba establecida una pequeña comunidad

de ricos comerciantes y agricultores salvadoreños, interesados en realizar negocios internacionales de importaciones y exportaciones.

Es muy probable que esa residencia y su estudio fueran los que Ambrogí Acosta trazara en una de sus crónicas, fechada en abril de 1907, donde narró la visita a su amigo para que le mostrara dos estampas hechas por el artista japonés Kouniyoski [sic: Kouniyoshi<sup>6</sup>]. En ese texto, el intelectual salvadoreño dejó constancia de que él era “ferventísimo apasionado de las estampas japonesas y si fuere lo suficientemente rico para procurarme ese lujo, formaría de ellas la colección más completa y nutrida de cuantos ojos humanos hayan podido contemplar”<sup>7</sup>, antes de recrear una escena de su visita:

“En esos momentos, la sirvienta penetraba en la estancia, llevando una bandeja de laka [sic: laca] rojiza rameada de oro, de forma ovooidal, sobre la que, al lado de unas cuantas mantillas de batista, dobladas en triángulo, y a un platillo de cristal en que se apilaban unos cuantos canutos de barquillo, confeccionados según fórmula de las casas de té de Nagasaki, se aparejaban dos tacitas, no más grandes que huevos de gallina, y cuya sutil porcelana era de un matiz de marfil viejo. La tetera era todo un consumado trabajo de orfebrería. Era diminuta, de metal fantásticamente historiado, sobre la que el tiempo había dejado ya la huella de su pátina. El asa representaba un dragón, con las alas abiertas, que se agarraba tenazmente a la panza del artefacto. La sirvienta dejó la bandeja frente a nosotros, y en el mismo silencio que llegó se fue”<sup>8</sup>.

Luego del triunfo nipón en su guerra contra la Rusia de los zares, el enfrentamiento supremacista constante entre Japón y Estados Unidos era se-



Material publicitario de la línea transpacífica de la estadounidense Pacific Mail Steamship Company, en la que viajó el intelectual salvadoreño de San Francisco a Yokohama.

guido de cerca por intelectuales y políticos salvadoreños, azuzados en sus posiciones ideológicas por el zarpazo imperialista estadounidense para separar a Panamá de Colombia y proceder a la construcción del canal interoceánico iniciado por Ferdinand de Lesseps junto con inversores franceses y de otras nacionalidades. En ese sentido, unos párrafos suscritos por Ambrogí Acosta en enero de 1907 resultan muy significativos del sentimiento antiestadounidense reinante:

“Lo que no nos había sido dado ver todavía, eran anarquistas nipones.

Pues ya los tenemos.

Del Japón todo lo sabíamos... menos eso. Y era lo más urgente.

Ahora resulta, que no solo los hay, sino que, como es costumbre de los avanzados amarillitos que todo lo que aprenden lo aventajan, los anarquistas **art nouveau**, dan jaque mate a sus **confréres** de Occidente. Y con el tiempo quién sabe lo que pasará.

Anuncia el cable, que lo que por ahora esos amables hijos espirituales de Malatesta tienen entre manos es, nada menos, que **suprimir** al férreo Mikado y al kaiseresco [presidente Theodor] Roosevelt.

Que supriman a **The Honorable** nada tiene de particular. La persona de don Teodoro nada tiene de sagrado ni de divino. Un tiritó, una bomba, o una puñalada... y a celebrar mítines contra los **trusts** a la corte celestial, o a dar la lata a San Pedro, que a nosotros ya nos la dio demasiado, ¡pero que demasiado!

¡Pero atentar contra el Mikado, el hijo de los dioses, el invisible, el hermético!”<sup>9</sup>.

Para marzo de 1907, no se registraba el establecimiento de japoneses en territorio salvadoreño, país que desde siete años antes buscaba establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el Trono del Crisantemo gracias a la las Legaciones establecidas en la capital mexicana. Por esa ausencia nipona en El Salvador resultó tan llamativa la presencia de un marino de ese origen supuestamente llegado a bordo del vapor estadounidense Chicago, atracado en el puerto de La Libertad<sup>10</sup>. Durante uno de sus días de permiso, se acercó al parque Bolívar (ahora Barrios) y se sentó a escuchar uno de los conciertos de la Banda de los Supremos Poderes, dirigida por el prusiano Heinrich Richard Drews Krepps (1844-1916). La visita de ese marino anónimo quedó consignada en una de las múltiples crónicas de Ambrogí Acosta, publicadas en las páginas literarias y editoriales del **Diario del Salvador** (1895-1934), dirigido por el escritor y diplomático nicaragüense Román Mayorga Rivas (1862-1925):

“Aunque parezca mentira, es verdad.

Un japonés, un japonés de carne y hueso, un súbdito fanático del Mikado, se paseaba anoche, solo, altivo, por el Parque Dueñas, escuchando el concierto de papá Drews.

Chiquitín, vestido de marinero, con sus calzones de campana, meciedo exageradamente los brazos al caminar, con esa ondulación del paso que da el hábito de la vida en un barco, llamaba la atención de los pacíficos habitantes de San Salvador, que después de un día entero de calor abrumante, buscaban en el recinto estrecho del paseo, exiguamente arbolado, un poco de frescura vivificadora.

Después de dar dos o tres vueltas, entre una valla de ojos asestados sobre su minúscula persona, el marinero japonés tomó asiento en un banco vecino al kiosko, y cruzando la pierna sumióse

en un silencio y en una tranquilidad de bonzo, extático en su contemplación.

Parecía un ídolo... expatriado de Niko.

Su cara, redonda, de gato, mostraba los rasgos característicos de la raza. Los ojos se iban para las sienes, los pómulos saltaban; lampiño; atezada la piel, era una de esas fisonomías que las máscaras reproducen popularizándolas.

Se sentó.

Un círculo de chiquillos se formó inmediatamente a su alrededor.

¡El japonés!

Había algo de incredulidad, algo de pasmo, en la actitud de aquellos pilluelos, de suyo revoltosos y malignos. Contemplando al marinero japonés no hacían ninguna de las suyas: su presencia les sobrecogía. Tal vez recordaban que, en pasados días, los de la odisea de la Manchuria, ellos hacían de japoneses en sus juegos guerreros, y aquel, de carne y hueso que hoy contemplaban, era uno de los auténticos. Uno de los desarrapados, que llevaba un manojo de diarios bajo el brazo, se aproximó, y con temor, vacilantemente, acercó su mano al brazo del marinero y le tocó. Como Santo Tomás apóstol, tal vez se habría dicho: «hasta no ver no creer». El japonés de sus riñas callejeras, disueltas por el **cuillio**, parecíale un sueño, una invención de los del «Diario [del Salvador]» **para vender su papel**. ¡Y aquél era uno de ellos! Al regreso a su casa, en el cuartucho de un barrio apartado, apenas esclarecido por el candil de manteca, contaría a la **nana** que le esperaba, ¡que **vido** un japonés!»<sup>11</sup>.

Seis años más tarde, ese maduro, acaudalado, viajero y escritor salvadoreño visitaría Tokio y otras localidades del imperio nipón, como parte de una extensa gira que lo llevó por diversos territorios de Asia, África y Europa, en especial vinculados con la francofonía y, en menor medida, con el imperio británico. Entre ellos estaban los puertos de Shanghái y Hong Kong (ahora partes de la República Popular China), Saigón, en la Cochinchina francesa, actual Ciudad Ho Chi Minh, capital de Vietnam), Singapur (entonces Indochina francesa, actual República de Singapur), Colombo y Kandy (isla de Ceilán, hoy Sri Lanka), Bombay (Indostán, ahora parte de la India), Djibouti (Abisinia, en el cuerno de África, actual República de Djibouti), mar Rojo y canal de Suez, las localidades egipcias de Port Said, El Cairo y Alejandría y el puerto francés de Marsella.

Al inicio de su periplo vivencial, el intelectual salvadoreño fue uno de los pasajeros a bordo del vapor estadounidense SS Acapulco, de 1,759 toneladas y que con sus 84 marineros al mando del capitán George G. Trask levó anclas a las 20:30 horas del viernes 26 de julio de 1912<sup>12</sup>,

con destino a San Francisco (California), donde esa nave de la Pacific Mail atracó en la tarde del sábado 10 de agosto<sup>13</sup>. Allí, Ambrogio Acosta hizo los trámites migratorios de rigor, en los que dejó consignado que medía 1.70 metros de estatura, tenía la piel morena y negros los ojos y cabellos. En la ficha mecanografiada por las autoridades migratorias y aduaneras indicó que el nombre de un amigo en su país era “Manuel E. Araujo, President Republic of Salvador”, a quien jamás volvería a ver, pues el mandatario sería víctima de un atentado mortal en febrero de 1913, mientras escuchaba un concierto en una banca del parque Bolívar (ahora Barrios), en el centro de San Salvador.

Tras permanecer diez meses en suelo californiano y en uso de un tiquete de tarifa plana “alrededor del mundo” (“around the world”), Ambrogio Acosta zarpó del puerto de San Francisco el jueves 12 de junio de 1913, a bordo del lujoso vapor y carguero SS Siberia, propiedad de la Trans Pacific Line, una empresa perteneciente a la Pacific Mail Steamship Company, que daba servicio entre Estados Unidos, Latinoamérica y Japón desde hacía casi cuatro décadas. Aquella nave iba bajo la conducción del experimentado capitán Adrian Zee-

der<sup>14</sup>. De 27,000 toneladas y 17 nudos de velocidad, ese buque fue construido por la Newport News Shipbuilding & Drydock Company y permaneció en funciones entre 1903 y 1934. En 1924 fue vendido a la Toyo Kisen Kasha (TKK), que la rebautizó Siberia Maru y la destinó a viajes transpacíficos de segunda clase.

En esa oportunidad, el SS Siberia iba con su cabina atiborrada de pasajeros y llegó ese mismo día a Victo-

ria y Vancouver en Canadá, arribó a Honolulu en las Hawái cinco días después -donde desembarcó la mayor parte del pasaje-, para continuar su ruta de navegación hacia Yokohama, su punto de entrada al Imperio del Sol Naciente. Allí fue donde el burgués Acosta Ambrogio y otros tres pasajeros más descendieron e hicieron sus trámites migratorios, mientras el buque comercial completaba su derrotero en Kobe, Nagasaki, Manila, Shanghái y Hong Kong. En ese año, 23 ciclones tropicales azotaron al océano Pacífico, pero ninguno afectó la travesía de aquel vapor.

Ese servicio “around the world” era ofrecido por diversas líneas navieras de Estados Unidos, Japón, China y Europa. Consistía en pagar una tarifa plana por las diversas escalas, sin tiempo fijo de permanencia en cada una de ellas. El embarque hacia el siguiente destino estaba determinado por las temporadas de ciclones, monzones, tifones o huracanes y dependía también de la disponibilidad en la cabina de pasajeros de los barcos y de la puntualidad de cada vapor en sus llegadas y salidas. Entre 1895 y 1915, un



Postal coloreada de la fachada del Hotel Imperial de Tokio, como lucía en 1913, antes de ser destruido por el Gran Terremoto de una década después.

viaje de una sola dirección entre los puertos de Liverpool y Nueva York rondaba los 100 dólares en primera clase, mientras que el trayecto entre San Francisco y Yokohama o viceversa podía rondar entre 130 y 250 dólares en primera clase, 90 a 100 en segunda clase y 35 a 50 en tercera clase. Por ese motivo, el viaje pagado con antelación para circunnavegar el planeta representaba una tentadora oferta para el salvadoreño, quien no la desaprovechó.

Alojado en una habitación con vistas a una de las calles que rodeaban al Hotel Imperial -por entonces, el único hotel de estilo occidental en Tokio-, la estancia japonesa de Ambrogí Acosta duró entre la segunda quincena de junio e inicios de septiembre de 1913<sup>15</sup>. El salvadoreño no era turista (a los que detestaba y despreciaba por ruidosos e incultos), sino un **flâneur**, un caminante degustador de la ciudad.

Sin expresarlo de manera explícita, Ambrogí Acosta iba tras las huellas físicas o literarias de otros intelectuales iberoamericanos como el científico mexicano Francisco Díaz Covarrubias (1833-1889<sup>16</sup>), el escritor y diplomático brasileño Aluísio de Azevedo (1857-1813, autor del volumen de crónicas *O Japão*, 1894), el diplomático español Enrique Dupuy de Lôme y Piulín (1851-1904, autor de *Estudios sobre el Japón*, 1895), el diplomático mexicano Ramón G. Pacheco y Schiaffino (1872-¿?, autor del **chirimen-bon** o libro artesanal japonés *En Tokio*, 1899<sup>17</sup>), el empresario y comerciante colombiano Nicolás Tanco Armero (1830-1890), el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)<sup>18</sup> -cuya visión del Japón a Ambrogí Acosta le parecía “un Japón de lectura”, como se lo confesó a Darío en París<sup>19</sup>), el intelectual nicaragüense Rubén Darío (1867-1916, quien tuvo contacto con la cultura japonesa en París, durante la Exposición Universal de 1900), el



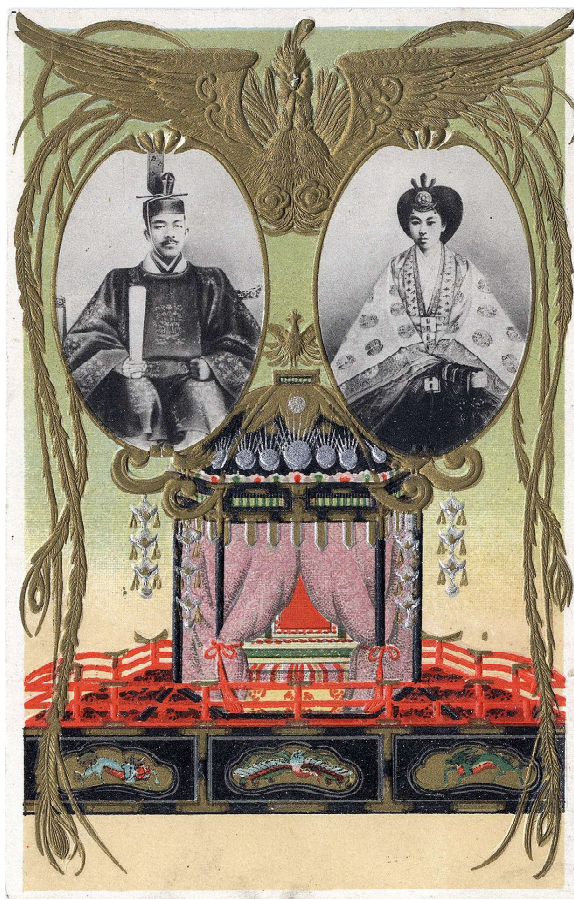
Postal coloreada de la zona norponiente de Ueno Hirokoji, el Broadway tokiota en la década de 1910. Se destacan las vestimentas y sombrillas de las personas paseantes.

presiones de Tokio -bastante consecuentes con las vertidas por el guatemalteco Gómez Carrillo en 1905-, ese **flâneur** e intelectual del modernismo centroamericano que fue Ambrogí Acosta reseñó en sus crónicas que aquel Japón se debatía entre la tradicionalidad y la plena industrialización impulsada por el autoritarismo monárquico. Como ejemplo, cita que había un pequeño tranvía eléctrico “casi de juguete”<sup>21</sup>, que efectuaba su recorrido al lado de canales

con aguas cenagosas y pestilentes, entre calles repletas de barro, charcos, baches y otras incomodidades:

Es éste un momento en que los amantes del “veritable” japonismo pueden constatar hasta qué punto el Japón de las estampas de Naka-hima Tetsujiro -llamado el Hokusai [(1760-1849)]- y de Kunisada: el Japón falsificado por Pierre Loti y divinizado por Lafcadio Hearn, está contaminado de occidentalismo, y hasta dónde es cierto que agoniza, que se va, sin remedio. El Japón se europeiza... pero sin dejar de ser el Japón. [...] a pesar de sus postes agobiados por los hilos telegráficos, de sus teléfonos públicos y de sus “trams” eléctricos sigue siendo el Tokio de los “Shogun” [...]¹

[...] He notado que los japoneses experimentan la embriaguez del “ruido civilizado”. Sus “trams” no cesan de repiquetear un momento, al través de las calles; las bocinas de los automóviles ganguean con el menor pretexto, y hasta sin él. Si llaman al teléfono, lo hacen prolongando el soniqueo. Y los pitos de sus fábricas, a la hora de la salida de los trabajadores, en Osaka, que es la Manchester



Tarjeta postal conmemorativa, coloreada por método litográfico, que muestra los rostros del 123º emperador japonés Yoshihito (1879-1926) y su esposa.

del Japón, ejecutan verdaderas sinfonías.<sup>2</sup>

[...] La europeización japonesa está en su apogeo. ¡Y esto ocurre a las puertas mismas del templo! Asakusa Kwannon, a unos cuantos metros de Higashi Honwang-jí, en las vecindades del portentoso Yoshiwara!<sup>3</sup>

[...] De pronto, nos encontramos en una calle llena de teatros, cinematógrafos, circos que comienzan a encender sus millares de luces. Es Asakusa, el barrio de la alegría. El ruido es ensordecedor.

Tras una barrera de madera, retumban los parches y los cobres de una charanga. Siento que me mareo. Y rápidamente, huyendo del tumulto [mi kurumaya o cochero Nobu y yo] vamos en busca del “kuruma” y nos alejamos de aquel sitio en el que todavía puede uno llegar a creerse que está en el Japón impoluto con que tanto se sueña al emprender este largo viaje.<sup>4</sup>

[...] Nuestros ojos se fatigan de ir de una cosa a otra entre tanta cosa bella. Pero a este paraíso del arte japonés sucede ¡ay! un infierno de vulgaridad occidental: una tienda en que los “nippones” que pretenden “civilizarse” van a surtir de cuellos postizos, de pañuelos, de camisas escocesas, de corbatas de tintes rabiosos, de sombreros de fieltro, de guantes, de bastones de mangos demasiado ridículos.<sup>5</sup>

[...] Un grupo de “musumés” y “onnanokos” se ha estacionado frente a una tienda, sobre cuyo dintel se balancea una desmesurada linterna roja exornada de caracteres blancos. Con los ojos desencajados por la admiración, mudas de pasmo, las “musumés” y “onnanokos” contemplan una odiosa exposición de esas churriquerescas, de esas antipáticas sombrillas de modelo europeo que han venido a desterrar, casi por completo, a esas coquetas “kaza”, a esas soberbias “amagasas” que tanto gustaron de pintar Kiyonaga y Shunsho. Y no son solamente las sombrillas las que dejan con la boca abierta y despiertan la codicia de las ambiciosas “musumés”. Es que el comerciante ha sabido, con verdadera maña, combinar, entremezclar un torbellino de esas cintas y de esos listones que vomitan los telares germanos, con los cortes para “kimonos” fabricados en Kobé [sic: Kobe] y Osaka, y que recuerdan, como un huevo a otro huevo, las zarzas, los madapolanes, las indianas, toda la insípida gama de los algodones manchesterianos.<sup>6</sup>

[...] El cocinero del “Viena” ha sido traído de Londres, y su



Mujeres ataviadas con kimonos transitan cerca de los tranvías eléctricos en la zona tokiota de Yoroibashi. Se destacan el puente metálico y los postes para telégrafos.

los desarrollos industriales que aúpan la modernidad japonesa, pero que maltratan al pueblo japonés, obligándolo a vivir su exotismo dentro de sus propias fronteras, socavando así la identidad del pueblo ‘puro’ que los extranjeros desean apreciar. Esto trajo a Japón una interesante remarcación de fronteras, ya no con un país de al lado, ya no con un horizonte lejano, sino dentro de sus propios límites; fronteras que Ambrogio marca como lugares esnobistas”.<sup>8</sup>

En su visión de la Tokio que recorre en su *flanerie*, Ambrogio Acosta incluso idealiza su visita a una “casa de té” al que lo conduce su kurumaya. Por su condición de rechazo (“asco”), esa crónica se asemeja mucho a la que escribirá en China cuando visite un fumadero de opio.<sup>9</sup>

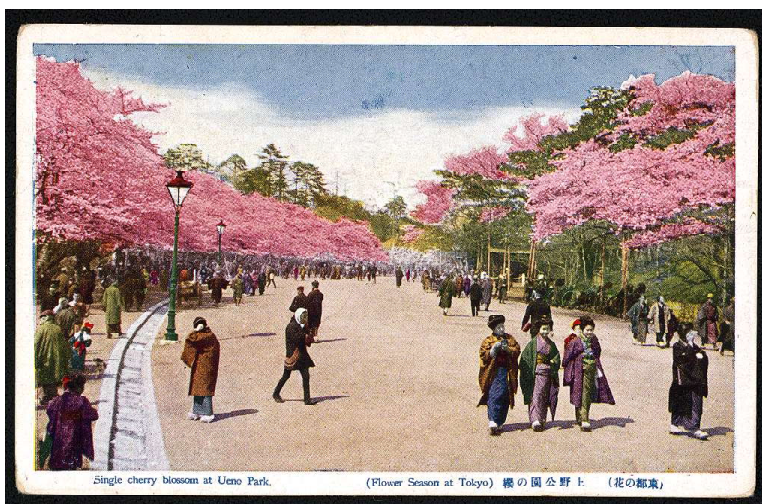
Ambrogio Acosta ya había viajado antes al Japón con su imaginación de escritor y su oficio de editor<sup>10</sup>, incluso en décadas anteriores a la publicación de sus crónicas de japonerías en **Marginales de la vida** (1912) y **Sensaciones del Japón y de la China** (1915). Así lo revelan algunos escritos suyos difundidos mediante su propio semanario literario **El Figaro** -que codirigía y corredactaba con el abogado salvadoreño Dr. Víctor Jerez (secretario de la Universidad en 1894 y futuro rector de la misma) y con el



Postal coloreada que muestra las calles polvorientas de Tokio, el canal y los carros de tranvía citados por el escritor salvadoreño en sus crónicas.

poeta y traductor colombiano Isaías Gamboa-, entre ellos el artículo **El arte japonés**<sup>11</sup> y la prosa poética **Kakimono**<sup>12</sup>, aunque también difundió la prosa **En Kioto** -redactada en La Habana, en septiembre de 1894, por el escritor modernista y diplomático cubano Francisco García Cisneros (1877-¿1921?)<sup>13</sup>-, los poemas en verso **Flor de lotho** -del salvadoreño Juan Antonio Solórzano<sup>14</sup>- y **Sourinomo** -del cubano Julián del Casal (1863-1893)<sup>15</sup>- y la descripción **Las mujeres japonesas**, del viajero francés

“menú” está redactado en francés e inglés, y no en japonés. Estas son las cosas que a mí me ponen nervioso.<sup>7</sup>



Los sakuras o cerezos en flor en el interior del parque tókiota Ueno.

Pierre Loti (1850-1923)<sup>16</sup>. Por su afición extrema al estilo literario modernista de Rubén Darío, Ambrogio Acosta fue apodado Señorita Azul por diversos escritores latinoamericanos, lo que en diciembre de 1904 lo llevó a recordar que:

“Esta fue en un tiempo mi desgracia. Por América, mi pobre nombre, rodó, traído y llevado en medio de burletas y de bromas a la llamada escuela decadentista, como que si yo tuviese la culpa de que otros delinquiesen. Hasta hubo caricatura de periódico guasón que me sirviera a sus lectores, como *entremets* cómico, vestido de bonzo japonés, oficiando devotamente ante un Budha invisible.

¡Bonita gracia!”<sup>17</sup>.

El inicio de la parte final de aquel viaje de circunnavegación del escritor salvadoreño tuvo lugar en el puerto estadounidense de New York, como pasajero del vapor Messina, el 9 de febrero de 1915. Para entonces, la navegación por el Atlántico representaba un alto riesgo frente a la guerra

desatada por los submarinos y sus torpedos, como lo evidenció el hundimiento del trasatlántico británico Lusitania. Pocas semanas más tarde, el intelectual estaba de regreso en El Salvador, que para entonces ya había decretado su estado de neutralidad ante el conflicto europeo representado por la Grand Guerre.

Ocho años más tarde, casi nada quedaría de aquella capital del Imperio del Sol Naciente visitada por Ambrogio Acosta y registrada en sus crónicas de sensaciones de *flâneur* y sus impresiones de viajero. Junto con Yokohama y otras localidades niponas, Tokio fue devastada por el Gran Terremoto de Kantō, estimado en 8.2 grados, ocurrido al mediodía del sábado 1 de septiembre de 1923 y que dejó más de medio millón de víctimas mortales.

.....

—Carlos Cañas Dinarte

San Salvador, 1971. Escritor, crítico, editor literario e investigador salvadoreño radicado en España. Es autor de ensayos, estudios y antologías como el «Diccionario Escolar de Autores Salvadoreños».



Tarjeta postal cromolitografiada del distrito de Nihonbashi, en Tokio, antes de la destrucción por el terremoto de septiembre de 1923.

## Notas

<sup>1</sup> Material sintetizado del libro **Sakuras y maquilishuats. Biografía mínima del salvadoreño León Sigüenza Mineros (1895-1942), primer cónsul centroamericano en Japón**, San Salvador, en prensa.

<sup>2</sup> Venido al mundo en el hogar del general de brigada y de división Constantino Ambrogí Luissi (Lucca, Toscana, 15.abr.1834-San Salvador, 04.sept.1918) y de Lucrecia Acosta Quintanilla (Apopa, 18.oct.1848-San Salvador, 10.jul.1922), su padre -llegado al país en 1861- fue constructor y propietario de la Casa Ambrogí, dotada de una torre de varios niveles, edificada en la década de 1880 y que alojaba su residencia familiar y diversos negocios propios o en alquiler. En la lista de clasificación del comercio de la ciudad de San Salvador, esa céntrica estructura estaba considerada como un establecimiento de segunda clase, como quedó consignado en el **Diario Oficial**, San Salvador, tomo 73, no. 273, jueves 21 de noviembre de 1912, pág. 2649.

Su madre era propietaria de una propiedad rural en la zona norte de Apopa, que el escritor denominó Tarascón, en homenaje al personaje Tartarín de Tarascón, de Alfonse Daudet. Su tía materna Cecilia Acosta fue dueña de la cercana finca La Ponderosa y progenitora -sin vínculo matrimonial- del también escritor salvadoreño Vicente Acosta Iraheta (1868-1908).

A las 15:30 horas del 9 de septiembre de 1918, Ambrogí Acosta fue declarado heredero único de los bienes de su padre recién fallecido por el juez Dr. Héctor Castro, quien presidía al Juzgado Primero de Primera Instancia de San Salvador, como reza la sentencia publicada por el **Diario Oficial**, San Salvador, tomo 85, sábado 19 de octubre de 1918, pág. 1890.

Al momento de su fallecimiento, Ambrogí Acosta dejó bienes por un valor estimado en 20,000 colones, como quedó anotado en su partida de defunción, que se encuentra en el archivo de la Alcaldía Municipal de San Salvador. Tras su fallecimiento, sus recursos económicos y posesiones inmuebles fueron administrados por la Sucesión Arturo Ambrogí, que poseyó el expediente 810 de los contribuyentes de Renta y Vialidad en la Dirección General de Contribuciones, **Diario Oficial**, San Salvador, tomo 127, no. 207, miércoles 27 de septiembre de 1939, pág. 2922.

<sup>3</sup> **La paz ruso-japonesa en El Salvador, Marginales...**, pág. 253.

<sup>4</sup> Una descripción de la casa aparece en el escrito anónimo **Villa San Rafael en la ciudad de Santa Tecla, propiedad de don Rafael Guirola D., La Quincena**, San Salvador, lunes 15 de octubre de 1906, pág. 31.

<sup>5</sup> **Ecos del extranjero**, matutino **El Popular**, ciudad de México, año VII, no. 2224, viernes 6 de marzo de 1903, pág. 2.

<sup>6</sup> Utagawa Kuniyoshi (Edo, 01.ene.1798-Genyadana, 14.abr. 1861) fue un renombrado maestro de la plástica japonesa, reputado en textiles y en el **ukiyo-e** (impresión xilográfica). Sus obras fueron prohibidas durante algún tiempo y después de su muerte se cotizaron.

<sup>7</sup> **Dos estampas japonesas, Marginales de la vida**, San Salvador, Imprenta Nacional, 1912, pág. 138.

<sup>8</sup> **Dos estampas japonesas, Marginales...**, pág. 142.

<sup>9</sup> **El Mikado y Roosevelt, Marginales...**, pág. 265.

<sup>10</sup> En los registros de entradas y salidas de vapores presentados por el **Diario Oficial** de ese mes y año no figura esa nave estadounidense, pero sí algunas de bandera alemana, como el Abisinia, Amasis o Hather.

<sup>11</sup> **Un japonés en San Salvador, Marginales...**, págs. 261-262

<sup>12</sup> **Movimiento de buques, Diario Oficial**, San Salvador, tomo 73, no. 175, sábado 27 de julio de 1912, pág. 1697.

<sup>13</sup> **The San Francisco Call**, San Francisco, California, volumen CXII, no. 72, [parte IV], domingo 11 de agosto de 1912, pág. 51.

<sup>14</sup> **Siberia Sails for the Orient, The San Francisco Call**, San Francisco, California, volumen 114, no. 13, viernes 13 de junio de 1913, pág. 15.

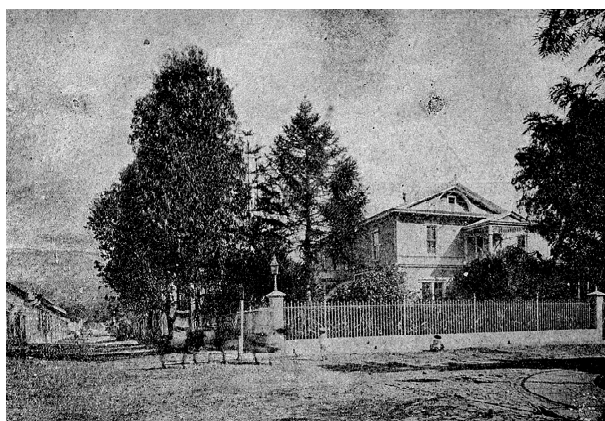
<sup>15</sup> En sendos correos electrónicos remitidos desde Tokio el lunes 7 y martes 8 de abril de 2025, Hinata Yamaguchi -la gerente general de Relaciones Públicas del Hotel Imperial- consignó que no poseen registros históricos de esa visita, ya que la información personal de los huéspedes es descartada cada cierto tiempo.

<sup>16</sup> Nacido en Xalapa (Veracruz), el 23 de enero de 1833, fue ingeniero, geógrafo, educador y diplomático. En diciembre de 1874, con su colega y coterráneo Manuel Fernández Leal (1831-1909) y el escritor y periodista capitalino Francisco Alonso de Bulnes (1847-1924) formaron parte de la Comisión Astronómica Mexicana que viajó a Japón para fotografiar el tránsito del planeta Venus frente al disco solar y cuyo informe (1876) les mereció renombre en la comunidad astronómica internacional. Cfr. Héctor Mendoza Vargas, **Ciencia, estado y burocracia en el México independiente: la biografía científica del ingeniero geógrafo Francisco Díaz Covarrubias (1833-1889)**, tesis doctoral en Geografía, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1997.

Con sede en la ciudad de Guatemala, entre 1877 y 1880, el ingeniero Díaz Covarrubias se desempeñó como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de México ante las repúblicas centroamericanas. En ese carácter, fue recibido en San Salvador en octubre de 1878, pero su conducta disoluta y la de su secretario les ganó la animadversión del presidente Dr. Rafael Zaldívar.

Falleció en París, el 19 de mayo de 1889, mientras se desempeñaba como cónsul general mexicano ante el gobierno francés.

<sup>17</sup> Aceves Ávila, Roberto. **En Tokio. El testimonio sobre Japón de un diplomático mexicano en un chirimen-bon del siglo XIX, Bibliographica**, Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM, volumen 3, no. 2, segundo semestre de 2020, págs. 139-168.



Fotografía de Villa San Rafael (Santa Tecla), del banquero Rafael Guirola Duke, publicada por la revista capitalina **La Quincena**.

<sup>18</sup> A fines de junio de 1905, Gómez Carrillo zarpó del puerto francés de Marsella hacia Japón, para narrar la vida cotidiana de ese imperio, aún sumido en la guerra contra la Rusia zarista, una sociedad donde se produce una compleja hibridación cultural entre la tradición milenaria y la modernización occidentalizada iniciada en 1868. Sus crónicas de ese viaje de cuatro meses, del que retornó el 2 de noviembre, fueron publicadas por los diarios **El Liberal** (Madrid) y **La Nación** (Buenos Aires), para después ser recogidas en los libros **De Marsella a Tokio** (1906) y **El alma japonesa** (1907), reunidos después en **El Ja-**

pón heroico y galante (1912). Elena Barlés Báguena. **Luces y sombras en la historiografía del arte japonés en España: Federico Torralba Soriano. Breve biografía, Artigrama**, no. 18, 2003, págs. 23-82.

<sup>19</sup> Una visita a Rubén Darío, revista **Actualidades**, San Salvador, septiembre de 1915. El autor la republicó como segunda crónica de su libro **Crónicas marchitas**, San Salvador, Imprenta El Centroamericano, 1916, 125 págs. La cita procede de la tercera edición hecha en la capital salvadoreña por la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1962, pág. 36.

<sup>20</sup> Alba de Diego Pérez de la Torre. **Visiones modernistas de la mujer japonesa: Julián del Casal, Rubén Darío, José Juan Tablada y Enrique Gómez Carrillo**, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid (UAM), 2020.

<sup>21</sup> El cronista salvadoreño se refiere al sistema Toden, de la Tokyo Electric Light Company, que inició en ese mismo año y que cubriría 41 rutas con más de 231 kilómetros de vías férreas.

<sup>22</sup> **Sensaciones del Japón y de la China**, San Salvador, Imprenta Nacional, 1915, 209 págs. La edición estuvo lista desde los días finales de 1914, pero comenzó a ser distribuida a partir de febrero de 1915, con ejemplares dedicados y remitidos mediante vía postal por el propio autor, como consta en **Un nuevo libro de Arturo Ambrogí** (matutino **La información**, San José, Costa Rica, año VI, no. 1300, jueves 25 de febrero de 1915, pág. 6) y **El último libro de Ambrogí (La República)**, San José, Costa Rica, año XXIX, no. 9997, viernes 26 de febrero de 1915, pág. 2). Sin embargo, Ambrogí Acosta sería responsable de evitar una mayor difusión internacional de dicha producción literaria, porque en mayo de ese mismo año comenzó a distribuir copias del segundo **Libro del Trópico (Bibliografía salvadoreña, La información)**, San José, año VII, no. 2455, jueves 27 de mayo de 1915, pág. 5).

Todas estas citas de **Sensaciones...** proceden de la tercera edición hecha en San Salvador, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1974, págs. 30-31.

<sup>23</sup> **Sensaciones...**, pág. 49.

<sup>24</sup> **Sensaciones...**, pág. 57.

<sup>25</sup> **Sensaciones...**, pág. 61.

<sup>26</sup> **Sensaciones...**, pág. 65.

<sup>27</sup> **Sensaciones...**, págs. 66-67.

<sup>28</sup> **Sensaciones...**, pág. 69.

<sup>29</sup> Álvaro Martín Navarro. **La crónica del desencanto en la obra**

**Sensaciones de Japón y China de Arturo Ambrogí, Revista CS: Asia y América Latina**, Universidad ICESI, Cali, no. 14, julio-diciembre de 2014, págs. 141-164. La cita procede de las páginas 152-153.

<sup>30</sup> Álvaro Contreras. **Fumaradas modernistas e imaginario decadente en América Latina, CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas**, Mar del Plata (Argentina), año 33, no. 47, 2024, págs. 119-120.

<sup>31</sup> Gregory Zambrano. **Mirar en Japón: Crónicas introspectivas de escritores hispanoamericanos, Humania del Sur, Revista de Estudios latinoamericanos, africanos y asiáticos**, Universidad de Los Andes, Mérida (Venezuela), año 12, no. 23, julio-diciembre de 2017, pág. 151.

<sup>32</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, no. 9, domingo 2 de diciembre de 1894, págs. 76-77. El salvadoreño se basó en el estudio **La pintura japonesa**, redactado por el artista plástico decadentista, narrador fantástico y abogado peruano Dr. José Antonio Román (Iquique, 1873-Barcelona, España, 1920), quien le remitió a Ambrogí Acosta un ejemplar de la publicación hecha un domingo de ese año por el diario peruano **La Opinión Nacional**, a partir de su propia tesis para alcanzar el grado de Bachiller por la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Años más tarde, Román viajó por Japón, China y otros países asiáticos, de cuya travesía -finalizada el 10 de febrero de 1905, en el puerto californiano de San Francisco- dejó constancia en su breve libro **Sensaciones de Oriente** (Barcelona, 1917. Hay reedición en la misma ciudad catalana hecha por Shinden, 2013, 50 págs.).

<sup>33</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, año 2, no. 14, domingo 20 de enero de 1895, pág. 131, antecedido en la página previa por el poema del mismo título del peruano Federico Larrañaga de La Puente (Lima, 1875-1911), periodista, escritor, crítico de arte y empresario de cine.

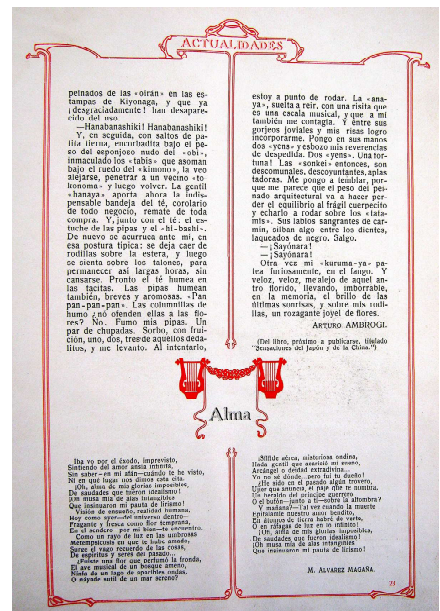
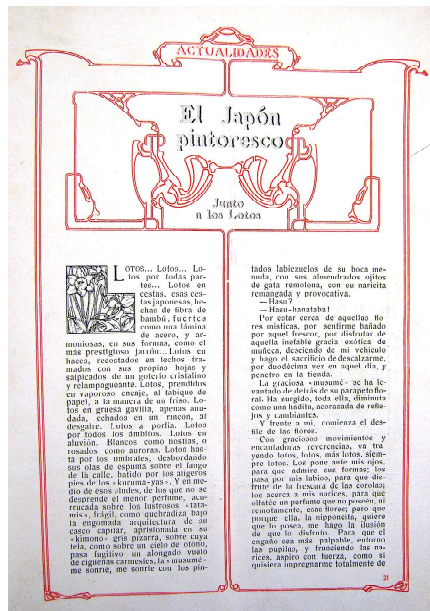
<sup>34</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, no. 3 -número extraordinario-, domingo 4 de noviembre de 1894, págs. 29-30.

<sup>35</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, no. 5, domingo 18 de noviembre de 1894, pág. 48.

<sup>36</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, no. 7, domingo 2 de diciembre de 1894, págs. 62-63.

<sup>37</sup> **El Figaro**, San Salvador, tomo I, no. 11, martes 1 de enero de 1895, págs. 96-97.

<sup>38</sup> **Leopoldo Lugones en Marginales de la vida**, San Salvador, Imprenta Nacional, 1912, pág. 39.



Las tres páginas de la primera crónica japonesa de Ambrogí Acosta, difundida en San Salvador por la revista **Actualidades**.